

# TEGUISE EN EL SIGLO DE LA ILUSTRACIÓN

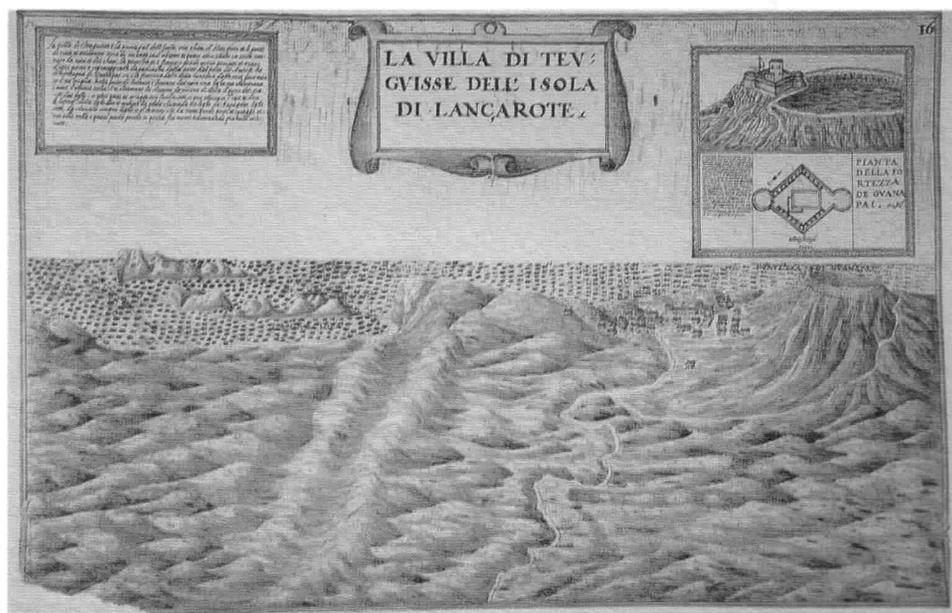
Sebastián de la Nuez

A

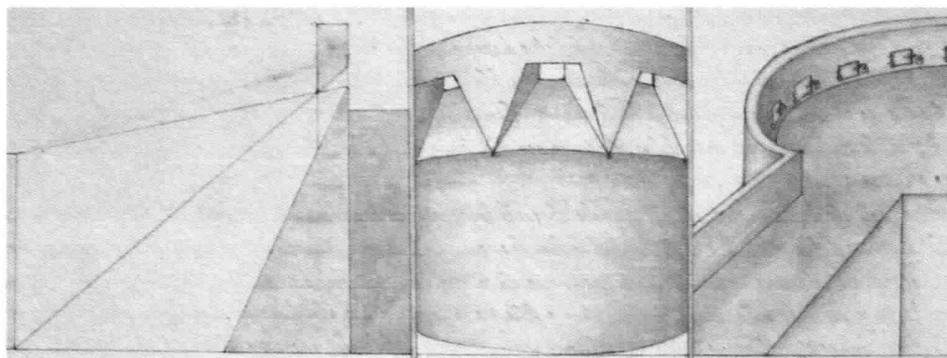
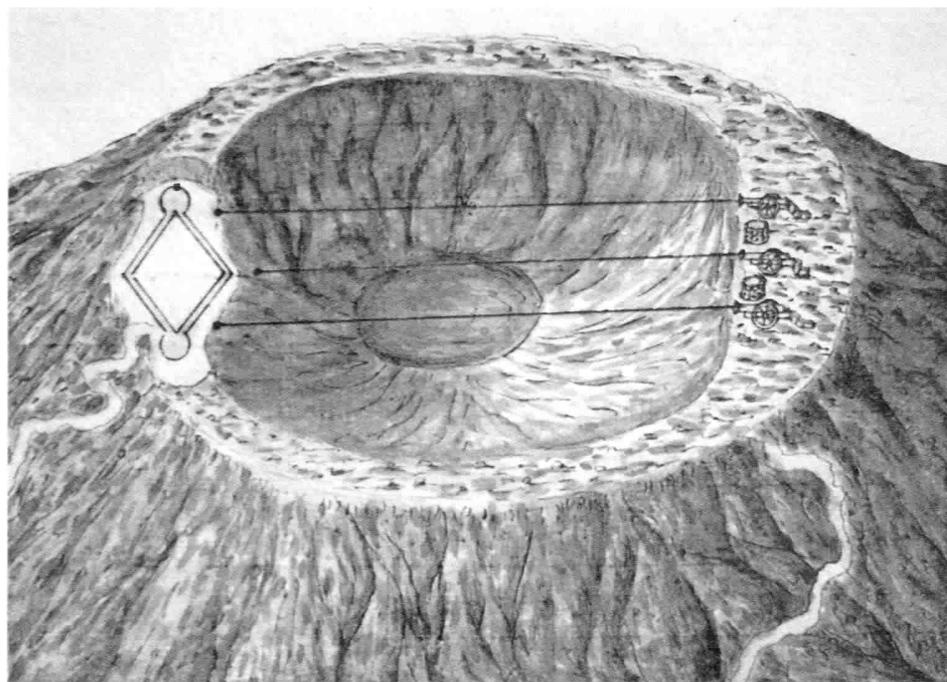
Al finales del siglo XVI llega Leonardo Torriani a Lanzarote enviado por Felipe II, para informar sobre la construcción, en las islas, de unas fortificaciones y restaurar las antiguas. En su informe dice, entre otras cosas, lo siguiente: “La Villa de Teguisse fue tantas veces arruinada por los turcos y los moros que los isleños nunca se han atrevido a volver a edificarla, considerando que en cualquier momento están expuestos a las mismas desgracias sin que puedan defenderla...”. En consecuencia, añade el ingeniero cremonés, “como la edificación de nuevo de una ciudad, o villa o castillo, trae muchas dificultades y tardanzas [...] me parece que mientras se edifica una nueva villa, no sería bien dejar tantas almas a merced de los enemigos, sino que se debe hacer un reducto, para que en él y en la fortaleza de la entrada del Puerto tenga refugio y defensa segura”.

Este refugio sería la fortaleza-castillo de Guanapay y la Cueva de los Verdes, y la defensa de los castillos de San Gabriel y San José, vigías de la isla. De nuevo, a principios del siglo XVII, en 1618, cuando Lanzarote fue invadida y la Villa de Teguisse asaltada e incendiada por los arraeces Jabán y Solimán, las previsiones de Torriani surtieron efecto, pues parte de la población se refugió en la fortaleza de Guanapay (con razón la llamaría más tarde Agustín Espinosa “el Ángel Custodio de Teguisse”) y otra parte en la célebre Cueva. Así, los invasores pudieron ser hostigados por las tropas del capitán Matías de Anchetta que había venido en socorro de la isla. Este siglo fue de lento resurgimiento de la Villa. Confiada en la pacificación se pudieron edificar las ermitas del Espíritu Santo, San Rafael y el convento de Veracruz. Sólo hasta

Vista  
de la Villa de Teguisse  
elaborada por Torriani.



Esquema de la fortaleza de Guanapay (Torriani).



principios del siglo XVIII no se edificó el de Santo Domingo, uno de los mejores conservados, junto al de la iglesia de San Francisco.

Así, en los siglos XVI y XVII, en las islas mayores, floreció la cultura histórica y literaria en Gran Canaria, La Palma y Tenerife, con nombres como Abréu Galindo, Alonso de Espinosa, Cairasco de Figueroa, Antonio de Viana, Pagio y Monteverde, Fray Marcos Alayón, etc., es el de las Luces, en el que nacen los hijos más ilustres de Lanzarote, como D. José Antonio Clavijo (nació en Tegui se en 1701 y muere en La Orotava en 1764), gran teólogo y prior del convento de Santo Domin-

go; su sobrino José Clavijo Fajardo, nacido también en Tegui se en 1726 y muerto en Madrid en 1806, traductor, publicista, autor del *Pensador* y director del Real Gabinete de Historia Natural. El siglo XIX, también da hombres importantes, como D. Domingo Rancel, natural de Tegui se, historiador y cronista de la Guerra de la Independencia, comandante militar, luego en Las Palmas, director de la construcción del muelle de San Telmo; don Alfonso Spínola, nacido en la Villa en 1845, apóstol de la enseñanza y de la cultura en América, sabio y filósofo, médico ejemplar, muerto en Uruguay en 1905 y, finalmente, Ángel Guerra, seudónimo de José Betancort, nacido también en

esta ciudad en 1874, el gran novelista de la tierra lanzaroteña de proyección nacional.

Viera y Clavijo dedica en su libro *El nuevo Can mayor del firmamento español en el reinado del Señor Don Carlos Cuarto* (1788-1808), una octava real a su pariente el célebre escritor ilustrado, natural de Teguiise, D. José Clavijo y Fajardo, que dice así:

“¿Qué cuerpo celestial, cual Astro fijo puede enlazar con sus sabias

[producciones,

si se compara a Don José Clavijo, pensador que cumuló los Adisones, redactor de un Mercurio no prolijo glorioso traductor de los Buffones a quien tres reinos dan por privilegio la dirección del Gabinete Regio?”

Mas, en el siglo XVIII, a la par de la eclosión cultural de Lanzarote, se produce la eclosión de la naturaleza, en forma de las erupciones volcánicas más terribles del mundo acompañadas de tremendos terremotos que dieron origen al enorme mar de volcanes del territorio de Timanfaya, como si quisiera esta Isla volver a sus orígenes bajo la advocación de los legítimos y primeros dueños. Al filósofo griego Empédocles de Agrigento, buen conocedor del fenómeno volcánico, escribe que los cuatro elementos que forman la tierra son: fuego, aire, tierra y agua. Lanzarote y especialmente Teguiise y su extenso Ayuntamiento posee en abundancia y en activo estos cuatro elementos primigenios: el fuego vivo y latente, despierto a dos palmos bajo tierra, dispuesto a hacer sentir su presencia colérica; el aire en movimiento que aparece en esta Isla, como suave brisa o como huracán que forma tempestades; la tierra que se presenta en mil formas desde la mar petrificada y negro-rojiza de los volcanes, *desde la áspera Geria hasta los dulces arenales de sus playas, rojas, amarillas, blancas o negras*, y las aguas recatadas y profundas de los pozos, las cisternas y los aljibes,

las blancas de las salinas o las verdes del lago de Janubio, y, por último, el mar con sus azules, verdosos, grises y plateados que rodean la costa con amor y desatada locura atormentada. Si a todo ello se añade el incomparable archipiélago formado por peñones y diminutas islas presididas por La Graciosa, el mundo de la fantasía y del surrealismo más poético completan la naturaleza y el arte que forman el municipio de Teguiise presidido por la Santa Patrona la Virgen del Carmen (1729).

Mas Espinosa, el mitificador de Lanzarote, es el que nos da los símbolos reales de los cuatro elementos enumerados y condensados: en el camello con arado, la palmera con viento y la cisterna con sol, a) para el primero envía el saludo admirativo por su fealdad de autor cómico: “por ese gran sable arador que sabe arrastrar garbosamente sobre la tierra plana de Lanzarote como sobre las alfombras de una gran recepción consular”, b) la palmera —que según Espinosa— tuvo envidia de los molinos y de los girasoles “y por eso llegaste a Lanzarote,

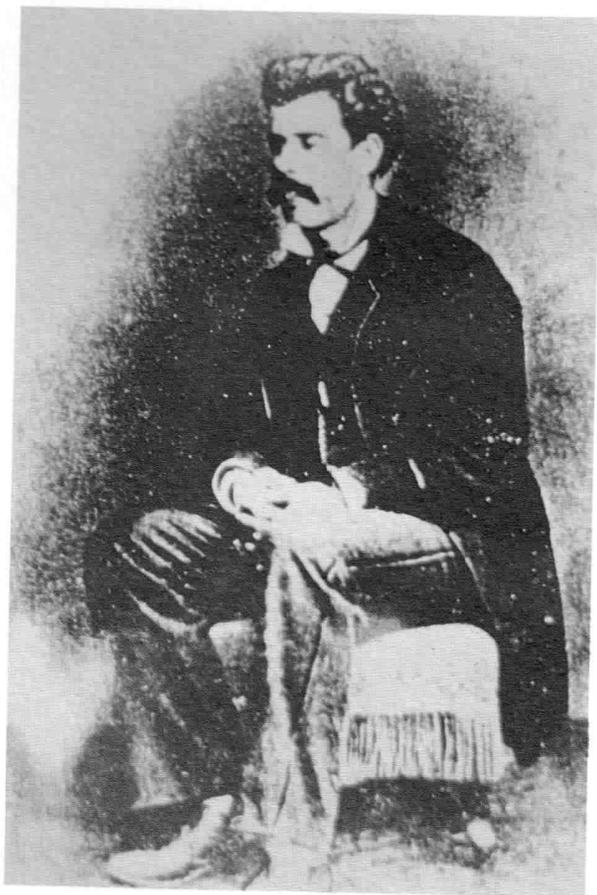
José Clavijo y Fajardo.



isla de viento perenne: isla de alisios”, “ahora ha superado a todas las envidias antiguas... ahora eres tú la envidiada por tu color alegre. Por su honestidad...”, c) es la cisterna con sol, la unión antitética del fuego y el agua, porque Lanzarote sólo puede calmar la sed de su fuego interior en el agua profunda. Canta a “Tu cuerpo blanco. Tu agua honda. Tu cubo de latón amarrado al extremo de la larga cuerda”.

Sin embargo, la visión de la población nuclear-cristiana y vanguardista, mítica y moderna, nos la da el propio Espinosa en su discurso de apertura del Instituto de Enseñanza Media de Arrecife: “Teguisse es un pueblecito alegre, rumoroso, que hace girar su rueda de colores frente a la blanca arquitectura general de la isla. Al pie de una montaña encastillada, sin temor de peligros inéditos, su sonreír es el niño durmiente de los cuadros, protegidos

Alfonso Spinola.



Firma del  
Marqués de Lanzarote

sobre el precipicio por las alas fantásticas del Ángel de la Guarda”.

“¡Oh Teguisse de Lanzarote! ¡Oh tu extenso conglomerado de pueblos, barrios y pagos que abarcan desde *el Mojón, desde Caleta Cebo y Pedro Barba de la isla de la Graciosa y los acantilados de Caleta de Famara hasta Guatiza y Nazaret, de nombre bíblico y paralelepípedos blancos* de “gran geometría de horizontales”!; y los pueblos de las tres iniciales denotando su entronque berberisco: Tao, Teseguite y Tahiche para cerrar en la errática Mozaga, hermana menor de Nazaret”, según el mitólogo de *Lancelot 28º 7º*. Mas el Ayuntamiento de Teguisse no termina aquí, pues tiene sus límites hacia el N.E., en los Jameos del Agua y al N.W. en los volcanes de Tomaren.

¡Oh Teguisse de Lanzarote! Cabeza de la isla desde sus tiempos míticos, desde que se formaron los primeros volcanes y las cuevas subterráneas y los lagos interiores, desde que se separó, en el acantilado de la Batería del Río, el mini archipiélago, desde que los reyes Timanfaya y Zonzamas y la bella Ico, rubia y morena, desde la hermosa Teguisse hasta los Betancores, los Herreras y la Fortaleza de Guanapay y los conventos de San Francisco y Santo Domingo, desde toda esta historia mítica y real, altiva y bella, antigua y moderna, immortalizada por tus hom-

bres y tus poetas, emerges hoy eterna y pura, esperando tu resurrección. ¡Oh Teguiise, centro espiritual y glorioso de Lanzarote!

## EPÍLOGO

La Villa de Teguiise, a finales del siglo XVIII, según Viera y Clavijo, era un auténtico poblado aborigen: "Componíase la Villa de poco más de cien casas pequeñas, cubiertas de caña o de tortas de barro endurecidas al sol. La iglesia no era del todo diferente. Carecían de ventanas y sólo recibía la luz por la puerta. No se veía en ella ninguna división para el coro, y por ambos lados corrían unos poyos de piedra hasta el altar mayor. El convento de San Francisco, que se empezaba a edificar, tenía ya una huerta bien cultivada". A pesar de todo, en 1776 el castillo de Guanapay era una de las fortificaciones mejores de todas las islas, hoy símbolo del pasado de Teguiise".

La moderna fisonomía de la Villa la han captado el historiador de la isla Agustín de la Hoz y el mitólogo y poeta Agustín Espinosa. Así, el primero la describe del modo siguiente: "Ya dentro de la Real Villa todo se hace angosto, sintiéndonos algo deprimidos por sus calles toledanas, recargadas de fresco silencio que parece salir de las casonas de gárgolas y aleros revestidos de fucos". Espinosa, por su parte, dice que "Teguiise es un pueblecito alegre, ruboroso, que hace girar su rueda de colores frente a la blanca arquitectura general de la isla. Acostado, confiadamente, al pie de una montaña encastillada, sin temor de peligros inéditos, su sonreír es el del niño durmiente de los cuadros protegidos sobre el precipicio por las alas faústicas del Ángel Custodio de Teguiise".

Ciudad o villa civil y militar, ciudad abierta y cerrada, silenciosa y rumorosa, triste y alegre, pero hoy bajo los cielos, extiende su hospitalidad a



*José Betancort Cabrera,  
"Ángel Guerra".*

los que vienen a meditar y contemplar sus casonas e iglesias conventuales y a ver qué cielos cobijaron, por qué calles pasearon historiadores, eruditos y narradores, como Clavijo y Fajardo: luz de la ilustración española y burlador de demoiselles; Spínola, pedagogo insigne y apóstol de la civilización en América; Ángel Guerra (Betancort moderno), conquistador y luchador por la libertad y por el arte, buscador de la identidad lanzaroteña a través de sus narraciones.

